Aparente orfandad

Lucía Rivadeneyra /lrivadeneyra@terra.com.mx

Septiembre guarda en su memoria varias tragedias nacionales e internacionales: muertes, terremotos, conciertos de rock a veces sin final feliz, atentados, golpes de estado, informes presidenciales, entre otras cosas. A cientos de miles hirió el 11 de septiembre de 1973, (sí, de 1973), cuando fue derrocado el presidente chileno Salvador Allende, también es cierto que unos cuantos días después, la muerte de Pablo Neruda, uno de los más grandes poetas del siglo XX, fue el tiro de desgracia a la mitad del corazón.

"De tus caderas a tus pies quiero hacer un largo viaje". Así provocan las palabras de este Pablo universal que encontró en la mujer un océano de metáforas. Con el paso de las décadas su poesía más intensa, la que más se lee y relee es la amorosa, la que tiene que ver con las mujeres, con el deseo, los celos, el abandono, la furia, la muerte, la desesperación, las emociones humanas a fin de cuentas.

Quienes aman la lectura tienen algún libro consentido por su historia personal y por su contenido. Quien esto escribe recuerda cómo desde niña escuchó unos versos que dicen

"Amo el amor de los marineros
que besan y se van.
Dejan una promesa.
No vuelven nunca más.
En cada puerto una mujer espera:
los marineros besan y se van.
Una noche se acuestan con la muerte en el
lecho del mar".

Y costaba trabajo creer que fueran ciertos, que fueran reales, que alteraban y que sonaban bien. Eran versos de la primera obra de Neruda: *Crepusculario.*

Al filo de la adolescencia llegaron en un cumpleaños los imprescindibles *20 poemas de amor y una canción desesperada*. Después ya nada fue igual. Del poema 12

"Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan mis alas.
Desde mi boca llegará hasta el cielo
lo que estaba dormido sobre tu alma".

O el 7

"Inclinado en las tardes tiro mis tristes
redes a tus ojos oceánicos".

Y algunos versos de la *Canción desesperada*

"Ah mujer, no sé cómo pudiste
contenerme en la tierra de tu
alma, y
en la cruz de tus brazos".

Y de ahí en adelante Neruda se convirtió en un compañero eterno que alienta, abraza, consuela, indigna, motiva.

A principios de los años ochenta durante un curso impartido en el Antiguo Colegio de San Ildefonso un alumno se debe haber conmovido cuando utilicé mi libro de los *20 poemas*... porque ya a esas alturas era casi una baraja. Tuvo la delicadeza de obsequiarme uno nuevo que empecé a utilizar durante muchos años; el otro lo dejé como si fuera reliquia, iba a saludarlo sólo de vez en vez. Pero cuando mi abuelo murió le dejé el más nuevo, junto con uno de Borges, para que llegara más rápido a la luz. A partir de entonces volví al viejo libro, de ése cito estos versos.

Luego llegó *Residencia en la tierra* (¡ay!), *Canto General, Navegaciones y regresos, La espada encendida, Las manos del día, Cantos ceremoniales, La barcarola, Libro de las preguntas, Odas elementales, Cien sonetos de amor, Los versos del capitán*, entre otros que con frecuencia seducen. Pero estos dos últimos nunca se quedan en el librero porque están tatuados en la memoria, y cómo no si en ellos se encuentran versos que hacen

foto de Archivo *fem*

temblar a la menor provocación.

En los *Cien sonetos...* desde la dedicatoria a Matilde Urrutia, en octubre de 1959, hay testimonio de que con unos poemas así se puede pensar en que la única inmortal es la palabra. Algunos versos al azar de este libro:

"...en tus caderas toco de nuevo
todo el trigo".

"...así te amo porque no sé amar
de otra manera, sino así de este
modo en que no soy ni eres, tan
cerca que tu mano sobre mi pecho
es mía, tan cerca que se cierran
tus ojos con mi sueño".

"Dos amantes dichosos hacen un
solo pan,
una sola gota de luna en la
hierba...".

"...y así te espero como casa sola
y volverás a verme y habitarme.
De otro modo me duelen las ventanas."

De *Los versos del capitán*:

"No me has hecho sufrir
sino esperar".

"No me hieras a mí porque te hieres".

"Quítame el pan si quieres,
quítame el aire, pero
no me quites tu risa.
No me quites la rosa,
la lanza que desgranas,
el agua que de pronto
estalla en tu alegría,
la repentina ola
de planta que te nace".

Sin embargo, a pesar de tanta intensidad amorosa y a consecuencia de su intensidad política Pablo Neruda que había nacido en Parral, Chile, en 1904, muere el 23 de septiembre de 1973, en condiciones

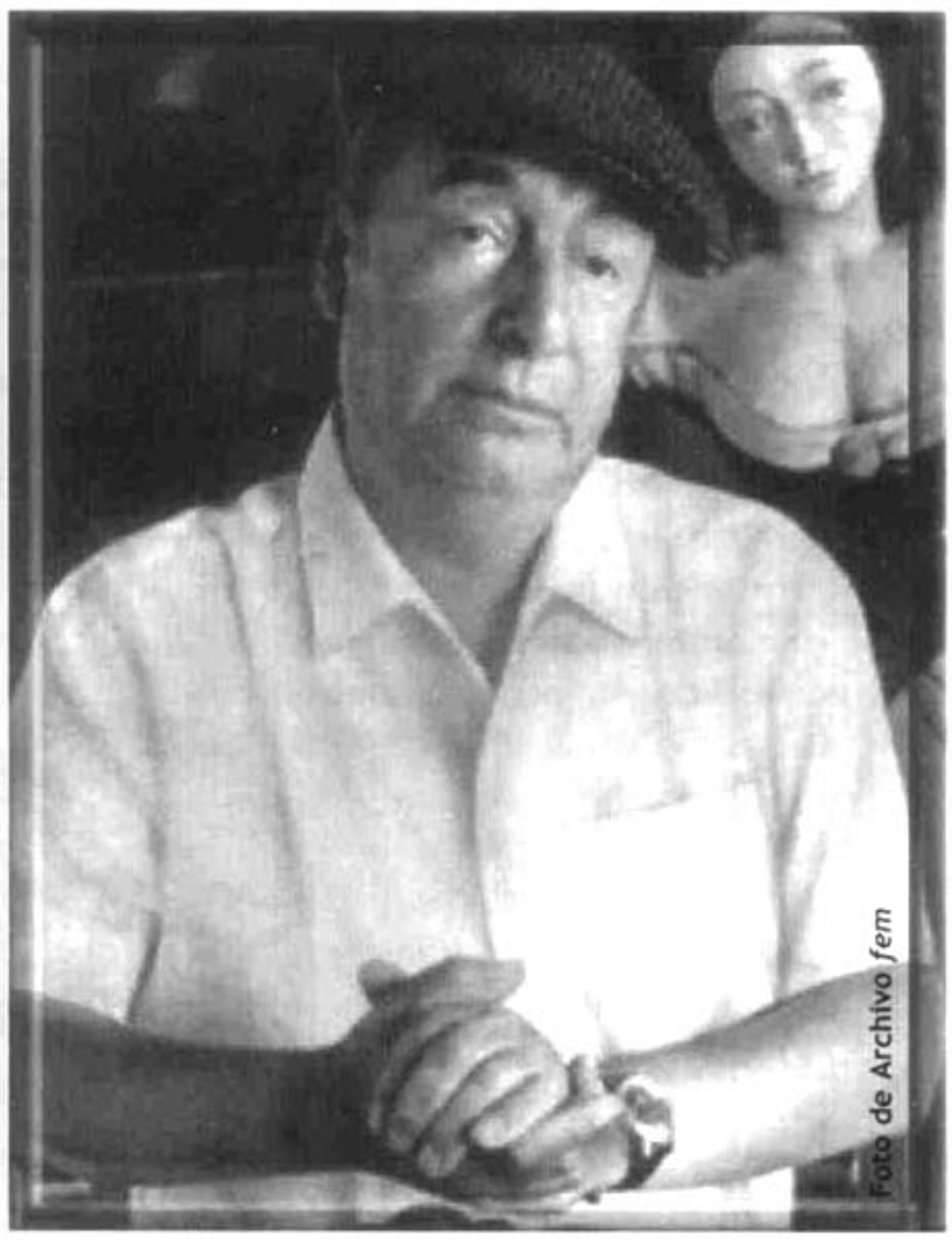
Foto de Archivo *fem*

que no se merecía, con su casa allanada por botas militares, con sus libros violados, con el corazón ultrajado. Su "Isla Negra" debe haber llorado "todas las lágrimas de mar" al estilo lopezvelardiano. Aunque el mundo lo amaba casi nadie pudo estar en el sepelio, excepto su viuda, un par de personas y algunos militares que a lo mejor no sabían leer y que no sabían que los libros por sí solos arden.

Año con año, incluso durante la brutal dictadura pinochetista, su tumba se cubre de claveles rojos y de notitas llenas de gratitud. En aquellos años aciagos casi a escondidas llegaba la gente al cementerio. Por fortuna, hoy en día, a pesar de tanto dolor y de tanta muerte, su hogar de Isla Negra se puede visitar y sus libros se continúan leyendo con pasión desbordada.

Ésta su humilde lectora lo tiene atorado en el corazón y en la garganta. Mi hijo se llama Pablo por Neruda y por mi tío Pablo Rivadeneyra, que más que médico pediatra fue lector incansable de todo lo que se dejara leer, pero recurría a la poesía siempre que lo necesitaba y lo requería con frecuencia. Con él y con su hermano Luis, mi abuelo, comentamos llenos de entusiasmo el volumen de memorias del poeta *Confieso que he vivido*, admirados por el valor de confesar lo que no cualquiera se atreve, menos aún cuando la vida sí se ha vivido.

Pablo Neruda está con todas y todos los que lo permiten, los que se atreven a sentir, a preguntar, a temblar, a abandonar, a vivir, a tener sed... El poeta escribió una *Oda a las alas de septiembre*, en 1959, sin saber que años después ése sería un mes indescriptible:

"He visto entrar a todos los tejados
las tijeras del cielo:
van y vienen y cortan transparencia:
nadie se quedará sin golondrinas... he
comprendido al fin
que las primeras flores
son plumas de septiembre".

Yo también, por fortuna desde hace muchos años he comprendido que Neruda es ave y flor perenne que nos impulsa a volar en compañía. Han pasado treinta años de aparente orfandad nerudiana, porque un poeta como él siempre brindará su solidaridad a quien se la pida.

Pablo Neruda está presente con sus palabras que laten y arden; él fue, es y será el hombre que descubría cotidianamente a la mujer en su paralelismo con la tierra, lo aceptó, lo asumió, lo gozó, y dejó constancia por escrito en su poema *La infinita*

"...Para mí eres tesoro más cargado
de inmensidad que el mar y sus racimos
y eres blanca y azul y extensa como
la tierra en la vendimia.
En ese territorio,
de tus pies a tu frente,
andando, andando, andando,
me pasaré la vida".